tanto, mucho secreto, que se lo he jurado á esa pobre mujer, y en la iglesia, para que más valga.

Guardó el escrito cuidadosamente; y tomando agua bendita, se salió tan preocupada, que no pensó ya ni en buscar nuevas noticias de política para llevárselas á Inés.

CAPILLA ALFONSINA

XIX

La noticia del Cacomixtle

El Cacomixtle corría para el mesón con todas sus fuerzas, no sólo por escapar de don Celso, sino por llegar pronto á llevar á las mujeres aquellas provisiones; y no cabía en sí, al pensar lo contentas que se iban á poner cuando él llegase y les presentase todo aquello.

Margarita y Alejandra esperaban impacientes al Cacomixtle, para contarle sus buenas noticias y para llevárselo consigo, en cuanto don Plácido volviera trayendo la ropa y todo lo necesario para irse á la casa del padre de Alejandra.

Por fin la puerta del cuarto se abrió por un violento impulso, y el Cacomixtle entró precipitadamente.

— Miren lo que les traigo, dijo levantando en lo alto sus provisiones.

— ¡Albricias! dijo Alejandra, saliéndole al encuentro.

— ¿Pues qué ha habido?

— Muchas cosas; pero cuéntame primero lo que te ha pasado, dijo Margarita.

— Pero antes comeremos, contestó Cacomixtle, porque tengo yo muchísima necesidad, y traigo aquí jamón, sardinas, pan, queso. Me parece que podemos comer muy bien.

Las dos mujeres tenían también mucha hambre: don Plácido les había dejado dinero; pero como Cacomixtle no había vuelto, ellas no habían tenido una persona de confianza de quien valerse para que les fuera á buscar algo de comer; además, aquel muchacho se había portado tan bien, que las dos lo querían como de la familia.

— Será necesario, dijo Alejandra al Cacomixtle, que tú, que eres el hombre de la casa, veas si quieres que se sirvan algunos vinos en la comida, y en ese caso dispongas que se compren, que para estos casos debe tenerse el dinero.

Y diciendo esto, arrojó sobre la mesa una onza de oro, que había entre el dinero que les dió don Plácido.

El Cacomixtle miró la onza, y luego clavó sus ojillos vivos y penetrantes en el rostro tranquilo y alegre de Alejandra.

— ¿Conque es decir, dijo, que estamos ricos? Me alegro; pero ya que soy el hombre de la casa, como

usted dice, quiero saber de dónde nos ha venido ese dinero.

— Ya lo sabrás más adelante; por ahora anda, compra un poco de vino para que no le vaya á hacer daño la comida á mi madre, después de tantos días de dieta.

Alejandra guardó la onza, y sacó un peso que entregó al admirado Cacomixtle.

— Anda, le dijo, anda, y después sabrás lo que ha pasado aquí.

El muchacho salió, y mientras, las mujeres dispusieron la comida. Un cuarto de hora después, rodeados de la mesa, comenzaron á comer tranquilamente.

— ¿A que no adivinas, quién ha estado aquí? preguntó Alejandra.

— ¿Quién? contestó el Cacomixtle.

— Mi padre.

— ¿Qué padre?

— Don Plácido.

— ¡Jesús!... exclamó el muchacho, dejando caer un pedazo de pan con jamón que llevaba ya cerca de la boca. ¿Conque ha estado aquí?... ¿pero cómo?... ¿de dónde viene?... ¿no le mataron?...

— ¡Qué le habían de matar!... Está bueno y sano, y hay otra noticia más grande: que ha encontrado á mi padre, á mi verdadero padre.

— ¡Pues qué! ¿tiene usted dos padres?

— No, ó más bien, sí; uno, que es el que me ha criado y el que tú conoces, y otro, que es mi padre verdadero, el marido de mi madre, que está aquí.

— ¿Pero cuándo me contará usted toda esa historia?

— Cuando estemos tranquilos, que será muy pronto; porque dentro de un rato ya volverán por nosotros, para llevarnos á casa de mi padre el verdadero, y nos vamos todos, mi madre y tú y yo, y ya no pasaremos trabajos, ni podrá hacernos nada don Celso.

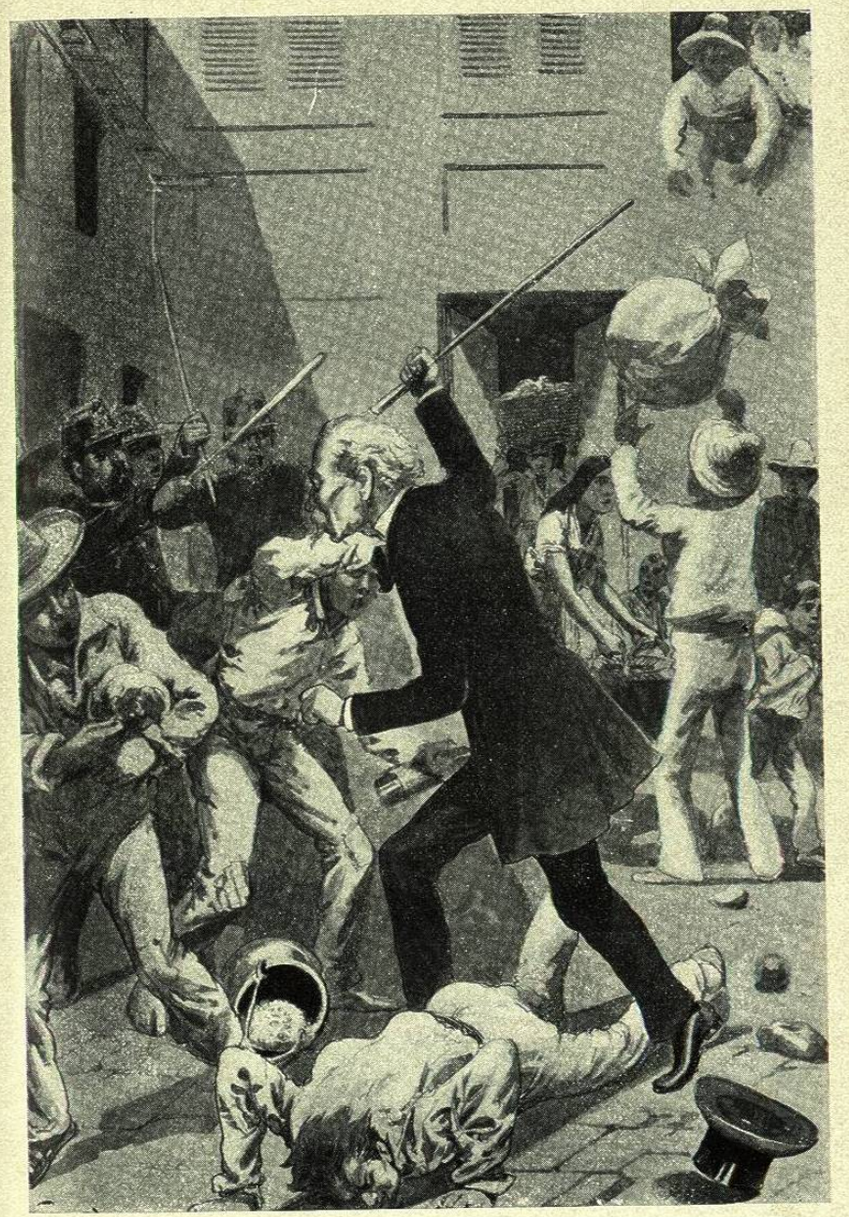
— Y dígame usted, dijo Cacomixtle, ¿esta señora Margarita, ha de ser la última madre de usted? ¿ó todavía tenemos que encontrar otra?

— No; ésta es mi única madre, mi verdadera madre.

— ¡Pues mire usted qué casualidad! en todo el camino he venido pensando en don Plácido.

— ¿Y por qué? dijo Margarita.

— Va usted á ver, contestó Cacomixtle. Se metió la plebe en la casa de un señor rico, que tenía muchas cosas de comer en su despensa: yo también fuí allí, como que de allá fué todo esto: ya estaban acabando de repartir, cuando entra un viejo que creo que era el dueño de la casa, le reconviene á la policía, y á poco la emprende á golpes con ellos: se armó una del demonio; pero al cabo pudieron más los de la policía, y le dieron un palo, que en camilla se lo han llevado para la cárcel; pero yo ya había sacado mis provisiones, no más que al salir llevé el



... y á poco la emprende á golpes con ellos...

susto más grande, porque me encontré de manos á boca nada menos que con don Celso; pero así tan cerquita como estamos aquí nosotros.

—¿Y qué hiciste?

—Me escabullí, y le dejé echando agua.

—Pero todo eso, ¿qué tiene que ver con don Plácido, para que te acordaras de él? dijo Margarita.

—¡Ah! que no les había yo dicho que el viejo aquel que se peleó con la policía y que se llevaron á la Diputación, se parecía mucho á don Plácido, sólo que éste iba de levita y muy elegante.

—¿Pero á qué hora fué eso? ¿Dónde fué eso? preguntó sobresaltada Alejandra.

—Pues hace poco, cosa de las cinco y cuarto, en una casa de la calle de Plateros, de un señor que se llama... según decían allí, don Juan... Casuro ó Camuro...

—Caralmuro, dijo Alejandra.

—Eso es, contestó Cacomixtle.

—¡Jesús! exclamaron las dos mujeres levantándose. La casa de mi padre. ¡Pobre don Plácido! ¿qué le habrá sucedido? ¡Dios mío, Dios mío! ¿qué será de nosotras?

Y las dos mujeres lloraban.

Cacomixtle se había quedado sentado, mirando aquella escena, pero empezando á comprender lo que pasaba.

—Pues señor, decía entre sí; bien lo hice, bien lo hice.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Cacomixtle, ¿qué hacemos ahora? ¿qué hacemos? preguntaba Alejandra, apretándose las manos.

— Pues á mí me parece que lo mejor será que yo tome mi sombrero, y me vaya inmediatamente á la casa de ese don Juan, que usted dice que es su padre, y le diga yo dónde están ustedes, y venga á llevarlas; y luego ya él sabrá lo que hace por don Plácido.

— Pero no te creerá; no me conoce, porque me dejó muy niña; y como ya le han engañado otra vez con una muchacha diciendo que era yo...

— Pero á mí sí me conocerá bien, dijo Margarita. Si llegásemos á vernos, no vacilará un instante en reconocerme.

— Bien dicho, exclamó Cacomixtle.

Y tomando su sombrero, echó á correr para la calle sin esperar nuevas razones.

Había obscurecido. Cacomixtle caminaba sin detenerse en medio del gentío que andaba por las calles, procurándose pan por todos los ángulos de la ciudad. Se escuchaba el cañoneo de las fuerzas que se batían en estos últimos días del sitio: cada noche y cada madrugada se esperaba el asalto decisivo. El deseo de salir de aquella situación angustiosa hacía parecer imposible por más tiempo su prolongación.

Como llevadas por la electricidad se propagaban en México las noticias, ya del hombre que había caído

CAPILLA ALFONSINA

muerto de hambre frente á la Diputación, ya de la mujer que había amanecido sin vida frente á una casa, ya de la familia que se había encontrado expirante dentro de una pobre habitación, en uno de sus suburbios.

Las familias más acomodadas comenzaban á alarmarse seriamente, y hasta en las mismas cárceles había síntomas terribles de sublevación entre los presos.

Todo el mundo comprendía que no podía durar aquello por más tiempo; que no se podía prolongar más la situación; y sin embargo, se prolongaba.

La toma de Querétaro y la prisión de Maximiliano eran una cosa fuera de toda duda, y que nadie vacilaba en creer, á pesar de que por orden del general en jefe de los imperialistas, se echaban á vuelo las campanas, y las músicas de los cuerpos recorrían las calles de la ciudad, para celebrar la llegada de un general que venía de Querétaro, anunciando que Maximiliano, triunfante, llegaba con su poderoso ejército, en auxilio de las tropas sitiadas en la capital.

Cacomixtle llegó á la casa de Caralmuro, y con la audacia del que va investido de una misión elevada llamó al zaguán, dando tres fuertes golpes.

No le abrieron; pero poco después se abrió uno de los balcones y se asomó por él doña Salvadora.

— ¿Quién es? ¿quién es? dijo sin poder distinguir al muchacho en la obscuridad de la calle.

— Vengo á buscar á don Juan.

— No está aquí, contestó doña Salvadora.

— ¿A qué hora volverá?

— No ha de volver en toda la noche. ¿Qué le quería usted?

— Le traigo un recado, que importa mucho.

— Pues no está aquí, ni ha de volver. ¿Puede usted dármelo á mí?

— No, señora, sólo á él.

— Entonces vuelva usted mañana, porque no está aquí.

— ¿Ni el señor don Plácido ha vuelto?

— Tampoco.

El muchacho se quedó parado un largo rato, y después se retiró muy poco á poco, y como meditando en lo que había de hacer.

Así llegó hasta el mesón. Vacilaba en subir, por no dar aquella noticia á sus dos pobres protegidas, pero al fin se resolvió.

— Al cabo, dijo, yo no tengo la culpa; he hecho todo

lo que he podido; no hay más remedio que esperar á mañana: fortuna que las señoras tienen dinero, y yo he traído provisiones; podemos aguardar con tranquilidad.

Margarita y su hija esperaban con impaciencia.

— ¿Qué hay? preguntaron las dos á un tiempo.

— Nada, contestó Cacomixtle.

— ¡Cómo nada! ¡pues qué! ¿no fuiste?

— Sí, pero no me quisieron abrir en la casa.

— ¿No te quisieron abrir?

— No: toqué, y salió una mujer por un balcón, y ella fué la que me dijo que don Juan no estaba en la casa y que no había de volver en toda la noche, y que don Plácido no había vuelto: yo no le quise decir nada á nadie allí, porque bastantes chascos nos hemos llevado para volvernos á exponer.

— ¿Y qué hacemos? dijo Margarita.

— Acostarnos esta noche, y mañana temprano veremos lo que se hace.

— ¿Pero cómo?...

— No hay que morirse de ansia. ¡Si nada ha de suceder esta noche! En peores lances nos hemos encontrado, y Dios nos ha sacado con bien; conque acuéstense ustedes, y vamos á ver qué sucede mañana, que al fin y al cabo, mañana será otro día.